

no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: «— Aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata. El otro ^a, de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia ^b. El otro, de los miembros gigantes ^c, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres

a. ...señor de la Puente de Plata y el otro. BR., AMB., TON. = b. ...gran du- que de Quiracia. AMB., TON. = c. ...de los miembros gigantes. L., 2.

1. «— Aquel caballero que allí ves..., es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata. — «Hubo en la corte de Felipe II un magnate sagaz y mañoso que al príncipe heredero, joven de índole angelical, facilitaba, para sus muchas y secretas limosnas, callado y pródigo, el oro que le detenía su padre; un ayo que, encareciendo á su pupilo la piedad y la virtud á que era inclinado, le empeñaba en profesarlas sincera y resueltamente (he ahí la doncella del escudo, la Virtud), limando así al león de España las garras, sin que lo echase de ver, y apoderándose de su voluntad por aquella, al parecer, santa, noble y desinteresada puente de plata; un prócer que, viendo ya en el trono á su amo, le tuvo no por rey sino por reino suyo, y, dejándole únicamente los atributos del poder, que son el manto, el cetro y la corona, le usurpó el sello real, con pretexto de aliviarle la enojosa molestia de la firma; un valido, en fin (y véase por qué le llama valeroso, como si quisiera decir «el que vale, el que puede, el favorito, el valido»), que dispuso como árbitro de la suerte de estos reinos; que autorizó la corrupción de las costumbres, haciendo que, á la integridad y limpieza en oficiales, jueces y ministros (indisputable mérito de los que tuvo el anterior reinado), substituyese la socaliña, la estafa, el cohecho, la injusticia y la tiranía, y que se secasen los bélicos laureles españoles, — todo con tener franca la puente de plata de los gobiernos y pingües destinos, para que pudiesen por ella abandonar el inseguro lado del príncipe, no los virtuosos y beneméritos, sino los vanos, ambiciosos y desapoderados con la sed de mando y de riqueza. Tal el duque de Lerma, y, por eso, de los primeros que en la magnífica alegoría de los dos ejércitos se presenta con vivísimos colores á la fantasía del hidalgo de la Mancha. Sobre las señas parleras y exactísimas del favorito, hallo que existe no menor parecido entre Laurcalco y duque de Lerma.»

No dos lecturas, sino la que se acaba de hacer, basta para refutar adivinación que viene á constituir nuevo enigma. El Quijote no lo es.

4. El otro, de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia. — Entregado á la rebusca de libros, papeles y noticias referentes á Quevedo, D. Aureliano F. Guerra hubo de estudiar cuanto de cerca ó de lejos toca á la época, más ó menos estrictamente exacta, del insigne polígrafo arriba citado. Dicho esto, no se extrañará escribiese lo que ahora sigue:

«De la propia manera sospecho que en el temido Mico-colembo, gran duque de Quirocia, se aludió á D. Bernardino de Velasco (veedor general de las guardas, que en 12 de Enero de 1608 fué hecho conde de Salazar, y después tuvo el

Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando, con su muerte, se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de

encargo de expulsar á los moriscos de ambas Castillas, Mancha y Extremadura), hombre del corazón más duro y del rostro más feo que hubo en su tiempo, si se exceptúa el de la condesa; por lo cual cantó Villamediana:

«Al de Salazar ayer
Mirarse á un espejo vi,
Perdiéndose el miedo á sí
Para ver á su mujer.»

Lo de temido y mico, por la dureza y fealdad del conde, son alusiones clarísimas; nótese afinidad entre Colembo y Velasco; pero á Quirocia, eco de Quirós, y á las tres coronas de plata, ¿será imposible hallar explicación satisfactoria? Mientras la encontramos, diré que mi sospecha sube de punto al reparar en la impropia satisfacción que, por boca de un morisco, da Cervantes al conde de Salazar en el cap. 65 de la II parte del Quijote, siendo peor que la enfermedad el remedio.»

Amplísimo cuadro de costumbres, en las obras de Cervantes podemos estudiar cuáles eran los hábitos, gustos, tendencias, y hasta los prejuicios, de su tiempo. En burlas ó en veras (discútanlo vascófilos y antivascófilos), en el Quijote se echa bien de ver cuán presentes tenía á los vizcainos cuando su pluma había de trazar el nombre secretario. Bien altos los hubo, y clara, distintamente, sin rebozo ni simbolo, ponie á los ojos del lector ese como derecho al perpetuo disfrute de tan elevado cargo.

En el cap. 47 de la II parte, léese: «Oyendo lo cual Sancho, dijo: «—¿Quién es aquí mi secretario?» Y uno de los que presentes estaban, respondió: «—Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaino.» «— Con esa añadidura, — dijo Sancho, — bien podéis ser secretario del mismo emperador.»

Ahora bien: sabemos, por la historia, que fueron secretarios, entre otros, en los reinados de Carlos V, Felipe II y Felipe III, los siguientes vizcainos, tal como se entendía entonces esta palabra: D. Alfonso de Idiáquez, D. Juan de Idiáquez, D. Juan de Ibarra, D. Francisco de Idiáquez, D. Martín de Idiáquez, D. Antonio de Aróztegui y D. Juan de Ciriza.

Para no fatigar al lector con enfadosa noticia biográfica, sólo daremos la de estos dos:

«El convento de monjas dominicas de San Sebastián, unido á la parroquia de San Sebastián el antiguo, denominación que se le dió por ser tradición, en aquel país, que allí fué el sitio donde estuvo la primera población de esta ciudad de Guipúzcoa; fundáronle, en el año de 1546, D. Alfonso de Idiáquez, del Consejo de Estado y secretario del emperador Carlos V, comendador de Extremera del orden de Santiago, y su mujer D.^a Engracia de Olazábal. Ambos yacen sepultados en un lado del altar mayor.

Don Juan de Idiáquez, hijo de D. Alfonso, fué secretario de los reyes Felipe II y III, comendador de León, presidente del Consejo de órdenes y embajador cerca de las repúblicas de Génova y Venecia, varón de mucha probidad y arregladas costumbres. Murió en Segovia el 12 de Octubre de 1614, y su cadáver fué trasladado al convento de San Telmo, de San Sebastián, donde des-

Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas^a, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miu*^b, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice, es la sin par Miulina^c, hija del duque^d Alfeñiquén del

^a ...verdes, blancos y amarillos. MAI.
= ^b ...con una letra que dice *Miau*,
que es el principio. C._{1,2}, L._{1,2}, V._{1,2},
BR._{1,2,3}, MIL., AMB., TON., A.₁, ARG._{1,2},

BENJ., FK. = ^c ...es la sin par *Miulina*. ARG._{1,2}, BENJ., FK. = ^d ...hija
del duque de *Alfeñiquén*. A.₁, PELL.,
ARR., RIV., MAI.

cansa en una urna de mármol, al lado de la capilla mayor, enfrente de la de su padre D. Alfonso.»

La alusión á tales personajes es patente. ¿Descúbrese de igual modo que en ese *Micocolemo* se alude, por ejemplo, á D. Bernardino de Velasco? En modo alguno. Habrá, como hay, coincidencias históricas. Los escándalos administrativos, que se iniciaron ya en los días de Felipe II, crecieron, por modo lamentable, en los del duque de Lerma, que convirtió el trono de San Fernando en estampilla de privanza, y que, con tan pernicioso ejemplo, se propagó á los Olivares, Portocarreros, Alberonis, Ursinis, Riperdás y Godoys, para no citar nada contemporáneo.

Volvamos al principio: reconocido, confesado el mal, ¿puede admitirse que satirizara á nuestros reyes, príncipes y magnates quien, llevado de su benignidad, de su indulgencia y cariño, llegó á hacer simpáticos á los galeotes, á Roca Guinarda, y hasta á la misma Maritornes?

4. ...según se dice, es la sin par *Miulina*, hija del duque *Alfeñiquén* del *Algarbe*. — Si todo ó parte de este capítulo fuese una alusión política, pudiera admitirse la explicación del comentador citado; mas exigese, para que la alusión sea franca, que se pueda calificar de transparente.

La historia de los libros caballerescos nos está diciendo que, aun en aquellos calificados de simbólicos, no ha de buscarse la clave del libro en la riqueza de nombres propios. Hijos del capricho, nacidos de la fantasía del novelista, nada dicen al lector moderno. Por eso desechamos la arbitraria interpretación dada al pasaje que encabeza esta nota:

«El escualido portugués *Alfeñiquén* del *Algarbe*, como una gota de agua á otra, se parece al conde de Salinas, marqués de *Alenquer* (*Alfeñiquén* remeda esta palabra), hijo del príncipe de Éboli, Rui Gómez de Silva. Preciábase el conde de tener elevada silla en el Parnaso español; de castellano en el dominio de la lengua; pero de portugués por naturaleza y derechos heredados (á eso alude lo *del Algarbe*). Felipe III le nombró de su Consejo de Estado de Portugal, y veedor de aquella Hacienda cerca de su real persona, con precedencia á los demás consejeros españoles; y éstos lo llevaron con harta mortificación, precisamente cuando iba á salir á luz la primera parte del *Quijote*. Quizá el marqués, años adelante, sin darse por aludido, ambicionó ganarse, con nobles acciones, el hidalgo corazón del Adán de los poetas, cuando, en 1614 y en el *Viaje del Parnaso*, logró que de él cantase Cervantes:

«Esta verdad, gran conde de Salinas,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas...»

Algarbe. El otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo^a blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín^b, señor de las baronías de Utrique^c. El otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera 5

^a ...y el escudo es blanco. A.₁. — ...y
el escudo de blanco. ARR. = ^b ...llamado

Pierres Papio. C.₁. = ^c ...señor de las
baronías de *virique*. L.₁.

1. ...carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana. — Animal robusto, brioso y de grandealzada. En la pintoresca descripción que de los dos ejércitos hace D. Quijote, y supuesto el carácter poético de la misma, sienta bien el nombre del poderoso animal objeto de esta nota, como lo acreditan los siguientes pasajes:

«Sobre una *alfana* pintada
De manchas blancas y negras,
Veloz como el pensamiento
Y hermosa como ligera...»

(VICENTE RODRÍGUEZ DE ARELLANO. *Romances*, I.)

«Partió Roldán contra mi
En una robusta *alfana*;
Llegamos al choque, y fueron,
Hechas pedazos, las astas
Á buscar fuego á la esfera
Para volver abrasadas.»

(ÁLVARO CUBILLO DE ARAGÓN. *Hechos de Bernardo del Carpio*, jorn. II.)

«Sobre una encintada yegua,
Con el bozal de oro fino,
Vióla salir al balcón;
Y con ademán sumiso,
Arrodillando la *alfana*,
Inclinó el penacho altivo.»

(NICOLÁS MORATÍN. *Poesías*. *Romances*.)

«Cuando el valeroso Ylizan
Sobre una fogosa *alfana*
(Regalo de Hacén, alcaide
De Font-Hacén y la Adrada),
Desnudo el nervioso brazo
Y el albornoz á la espalda,
Esgrime la muerte en una
Tunecina cimitarra.»

(VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA. *Romance*, II.)

«Ansi el caballero ruando lucido
Acucia ó detiene al *alfana* que monta...»

(L. MORATÍN. *Poesías*. «*Al príncipe de la Paz*.»)

3. ...es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique. — Persuadido de lo inseguro del terreno, no hace, el

cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nervia^a, Espartaflardo^b del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así:

a. ...duque de Narbia. TON. = b. ...Esparraguilardo. ARG.^{1,2}, BENJ.

comentador que refutamos (D. Aureliano F. Guerra), deducciones caprichosas sobre este personaje. Limitase á decir:

«Quiero callar quién puede ocultarse con el disfraz de *Branda-barbarán de Boliche*, señor de las *tres Arabias*; y quién con el del jugador hugonote *Pierres Papin*, señor de las baronías de *Utrique*, aludido por Quevedo en aquella sátira, objeto de escándalo entonces:

«Los que quisieren saber
De algunos amigos muertos,
Yo daré razón de algunos
Porque vengo del infierno.
Allá queda barajando
El que acá sabía más cierto
Á cuántas venía su carta
Que si fuera en el correo.»

Al vicio del juego también se debió entregar *Pierres Papin*, señor de las baronías de *Utrique* (Utrecht), á quien supone francés de nación el novelista, para motejarle de poco religioso y mesurado.»

1. ...es el poderoso duque de Nervia, Espartaflardo del Bosque. — Aun temiendo fatigar al lector, transcribimos las siguientes líneas:

«Y ¿quién sería aquel *Esparta-flardo del Bosque*, poderoso duque de *Nervia*; aquel mozo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, áspero de condición como un *hilo de esparto* (*Esparta-flardo*), nacido en el *bosque* ó en las malvas, orillas del Nervión, el antiguo *Nerva* de los autrigones? ¿Quién era ese vizcaíno que (como todos los de las tres provincias conocidas bajo la denominación común de Vizcaya) sacaba de tino, para las burlas, á Cervantes? ¿Cómo, en fin, se podía con facilidad *rastrear su suerte*, según la empresa de la esparraguera y letra del escudo? «Como buen vizcaíno, tenía por fuerza que ser buen secretario» (*Quijote*, II parte, cap. 47), si damos crédito á Sancho Panza; porque solamente Alarcón, y eso muchos años después de éste, pudo exclamar en el *Examen de maridos*:

«¡Á fe que es del tiempo vario
Efecto bien peregrino
Que, no siendo vizcaíno,
Llegase á ser secretario!»

Bien pudo Cervantes, sin temor de equivocarse, *rastrear la suerte* de tan aprovechado mozo. Es de advertir que los vizcaínos contaban con un protector impertérrito en D. Alfonso Idiáquez, natural de San Sebastián, primer duque de Ciudad Real, conde de Aramayona, montero mayor del rey, balletero mayor de Vizcaya, comendador mayor de León, castellano y maestro general de Milán, virrey de Navarra y capitán general de Guipúzcoa; y que entonces llovieron, para el apellido Idiáquez, secretarías, plazas de consejeros y caballeros mayores, hábitos, obispados, condados, ducados y virreinos.»

Rastrea mi suerte.» Y desta manera fué nombrando muchos caballeros^a del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y, sin parar, prosiguió diciendo: «— Á^b este escuadrón frontero forman y hacen gentes 5 de diversas naciones: aquí están los que beben^c las dulces aguas

a. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón. ARG.^{1,2}, BENJ. = b. ...di-

ciendo: Este escuadrón frontero forman. ARG.^{1,2}, BENJ. = c. ...aquí están los que bebían las dulces aguas. C.¹.

1. *Y desta manera fué nombrando muchos caballeros... y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes.* — Junto al eruditísimo trabajo de D. Aureliano F. Guerra (que, si no convence ni persuade, quedará, sin embargo, en la memoria de los cervantistas como alarde de ingenio), no deben figurar los nombres de los que, juntando en uno el capricho y el desatentado prejuicio, se han echado en brazos de secretas intenciones, de ocultos sentidos, de simbolismos enmarañados, de abstrusas alegorías y aventurados procedimientos, para decirnos, en suma, que Alifanfarón, personificación de lo pasado, caudillo de uno de los dos ejércitos, representa la barbarie de los pueblos asiáticos; que Brandabarbarán, el cual tiene por escudo una puerta (la Sublime Puerta), recuerda, para tan simbólicos comentadores, la gritería de los sarracenos en los combates; que Pentapolín, imagen de la civilización de las cinco potencias cristianas (España, Francia, Italia, Alemania é Inglaterra), se opone denodadamente á sus bárbaros enemigos los infieles; que en Timonel, llamado así porque España llevaba en aquellos días el timón de la política europea, se representa el poderío de nuestra nación; que Pierres Papin, figura del *papa mezquino*, sucesor degenerado del apóstol San Pedro, es señor de las baronías de *Utrique* porque manda en lo temporal y en lo eterno, y que lleva las armas blancas para simbolizar las palabras de paz y de perdón recogidas al pie del Calvario.

Digámoslo sin rebozo: tan enmarañada complicación, sutileza tanta, pregonan la falsedad de tamañas invenciones, para no calificarlo de mentira, que fuera vulgarismo. Seguir dando cabida á tan desvariadas imaginaciones, fuera profanar conscientemente la alta poesía que nos ofrece este cuadro. ¿Cuánto más bello no es decir que se encierra en la narración toda un brillante episodio de las dos epopeyas que corren paralelas en el *Quijote*: la de la acción real y la que se desarrolla en la mente del héroe: ésta, nacida de la originalidad; aquélla, hija de elementos esparcidos aquí y allá, sin que sea dado fijar cómo y dónde se recogieron.

«La exquisita erudición de Cervantes, y la propiedad con que señala á cada nación su peculiar atributo, — escribe Navarrete, — no son tan agradables como la suavidad de su dicción, que hizo más grata valiéndose de los ríos de nombre sonoro y dulce. Tal es su estilo en esta descripción: semejante á un río claro y cristalino cuya sesga y mansa corriente está convidando á gozar de la amenidad de sus riberas y de la pureza de sus aguas.

Todos los críticos han celebrado el catálogo de las naves de Homero en la *Iliada*, y la enumeración de los auxilios de Turno en la *Encida*. El paralelo con la expresada descripción de los ejércitos hace ver que su autor no es menos original y elegante que los poetas griego y latino.»

del famoso Janto^a; los montuosos^b que pisan los masílicos campos^c; los que criban^d el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte^e; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númeras,
 5 dudosos en sus promesas; los persas, en^f arcos y flechas famosos^g; los^h partos, los medosⁱ, que pelean huyendo; los árabes, de mudables^j casas; los citas^k, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo^l, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón
 10 vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas
 15 de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los

a. ...famoso Jante. BR._{1,2} = b. ...los montuosos. C.₁, L._{1,2} = c. ...los que pisan los montuosos campos masílicos. ARG._{1,2}, BENJ. = d. ...los que cubren el finísimo. C.₁, L.₁, FK. = e. ...los que cobren el finísimo. L.₂ = f. ...del claro Termodonte. C.₁, L._{1,2} = g. ...los Persas arcos y

flechas. C.₁, L._{1,2} = h. ...flechas famosas. BR._{1,2}, FK. = i. ...famosos Partos. C.₁, L._{1,2} = j. ...los Medos, los Partos. ARG.₂ = k. ...los árabes, de mudables casas. L.₁ = l. ...los Scitas. MAI. = l. ...y otras infinitas naciones cuyos rostros veo. L.₂.

7. ...los citas, tan crueles como blancos... cuyos rostros conozco y veo. — Ya se ha dicho: fuera de tres ó cuatro alusiones, bien perceptibles en verdad, no creemos haya simbolismo en el *Quijote*. Lo que no se descubra clara y distintamente en el texto, todo lo que no resulte lógicamente de las palabras de Cervantes, es pura invención, alarde de ingenio ó prejuicio del comentador. ¿Cómo ha de concederse, sin tergiversaciones, que en los fieros scitas estén simbolizados personajes que disfrutaban del poder en los días en que apareció el *Quijote*? Si mereciera crédito tamaña cavilación, debiéramos admitir que el disfrute político les duró muchos lustros, y que el sentido oculto de nuestra primera novela ha de buscarse en los primeros pasos literarios que dió Cervantes, ya que, en 1584, dice, en su *Galatea* (lib. III):

«Ni estar quedo, ó mudarme
 Á la arenosa Libia,
 Ó al lugar donde habita,
 El fiero y blanco scita.»

Después de este pasaje, ¿qué queda del *cuyos rostros conozco y veo*? Una prueba más de la arrebatada fantasía ó, para decirlo mejor, de la extraviada mente del Ingenioso Hidalgo.

blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos^a toda la Europa en sí contiene y encierra^b. »

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una, con maravillosa presteza, los atributos que le pertenecían, todo^c absorto y empapado en lo que había leído en
 5 sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y^d, como no descubría á ninguno^e, le dijo: «— Señor, encomiendo al diablo, ^f hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; á lo menos yo no los^g veo: quizá todo
 10 debe de^h ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

— ¿Cómo dices eso? — respondió D. Quijote. — ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, ⁱ el ruido de los
 15 atambores?

— No oigo otra cosa, — respondió Sancho, — sino muchos balidos de ovejas y carneros. » Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

«— El miedo que tienes, — dijo D. Quijote, — te hace, Sancho, que ni veas ni oyas^j á derechas, porque uno^k de los efectos del miedo
 20 es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y, si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda. » Y, di-

a. ...finalmente, cuanto toda la Europa. TON. = b. ...en sí contiene y encierra. BR._{1,2} = c. ...todo de absorto. L.₂ = d. ...nombraba como. L.₁ = e. ...no descubría á ninguna. BR._{1,2} = f. ...encomiendo al diablo si hombre, ni gigante. ARG._{1,2}, BENJ. = g. ...á lo menos yo no

lo veo. L.₁ = h. ...quizá todo debe ser encantamento. C._{1,2,3}, L._{1,2}, V._{1,2}, BR._{1,2,3}, MIL., TON., BOW., ARG._{1,2}, BENJ., FK. = i. ...el tocar de los clarines y el ruido de los tambores? TON. = j. ...que ni veas ni oigas á derechas. AMB., MAI. = k. ...porque y no. C.₁.

10. ...hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto. — Seguimos la opinión de Sancho, aunque en sentido más alto. En verdad, los nombres y apodos de Alifanfarón, de Pentapolín, de Micocolemo, de Laurecalco, de Brandabarbarán, de Alfeñiquén del Algarbe, de Timonel de Carcajona y de Pierres Papín, no encierran alusiones políticas ni acaso burla de personajes menos importantes. No se ha probado que Alifanfarón fuese gaditano, ni que Pierres Papín, naipero giboso, viviera en la calle de las Serpes. El presidente de la sección de Literatura en el Ateneo de Madrid, el primero que llevó la voz en el Centenario del *Quijote*, no acertó á decir nada más que: «quienes sean estos personajes, no he de ser yo quien lo ponga en claro, que escritores de mayor autoridad han de esclarecerlo.»

Quizá parezca absoluta nuestra afirmación; dejará de serlo si se logra probarlo.